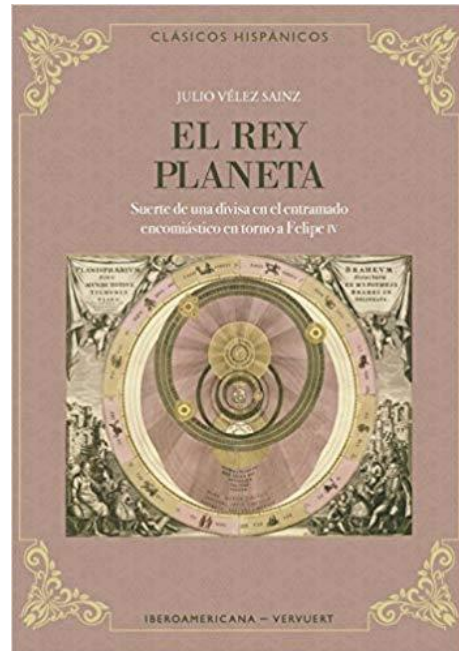


Julio Vélez Sainz. *El rey planeta. Suerte de una divisa en el entramado encomiástico en torno a Felipe IV*. Madrid-Frankfurt: Iberoamericana Vervuert, 2017. 198 pp. ISBN 9788416922406

Reviewed by: Almudena Vidorreta  
The Graduate Center, City University of New York



Este libro aborda la producción cultural de la corte de Felipe IV, poniendo la atención en un motivo tan recurrente como el del “rey planeta.” Desde sus páginas iniciales destaca la “insistencia en las divisas reales” que “literaturiza la sociedad y la convierte en un mar de símbolos,” porque “las representaciones verbales o pictóricas del rey (retratos, loas, entradas) diseminaban su figura por la corte, la capital, el país, el imperio,” en palabras del autor (24-25). Julio Vélez, profesor de la Universidad Complutense y director del Instituto del Teatro de Madrid, es consciente del desafío que supone la metodología empleada: con este trabajo se posiciona a medio camino entre la filología tradicional y la escuela anglosajona, logrando un riguroso y pretendido equilibrio que el lector agradecerá. No en vano, publicaciones anteriores como *El Parnaso español: Canon, mecenazgo y propaganda en la poesía del Siglo de Oro* (Visor, 2006) avalan su vasto conocimiento de la literatura encomiástica y del mundo cortesano, también durante la Edad Media, a la luz de su “*De amor, de honor e de donas*”. *Mujer e ideales corteses en la Castilla de Juan II* (Madrid: Editorial Complutense, 2013), que ha estudiado y transmitido como docente desde su experiencia a ambos lados del Atlántico. Entre el corpus estudiado, aparecen los ejemplos más canónicos junto con algunos otros de autoras menos atendidas hasta el momento, caso de Feliciano Enríquez de Guzmán o Ana Abarca de Bolea, con una voluntad inclusiva que aleja sus producciones de la excepcionalidad y ayuda a entenderlas dentro de un contexto. Sin duda, un doble acierto.

Aunque no deja de aportar las diferentes perspectivas que se han ido sucediendo por parte de la crítica, desde el primer capítulo, “Literatura y corte: entre lo áulico y lo político,” Julio Vélez aboga por la función deleitable del espectáculo áulico, juntamente con una enseñanza o instrucción

general que normalmente eludiera la crítica *ad personam*. Se muestra partidario de una postura conciliadora frente al

enfrentamiento de dos escuelas contemporáneas de teoría literaria. La primera sería la filológica, fundamentada en los presupuestos de la intertextualidad, la ecdótica y el positivismo, que reverencia el rigor, guardaría su epicentro en el hispanismo español y tendería a negar la posibilidad de una lectura “subversiva” de estas obras, o al menos a rechazar todo tipo de subversión que no lea las obras desde pautas genéricas [...]. La segunda sería la teórica, que partiría de las corrientes de la exégesis contemporánea (feminismo, poscolonialismo, deconstrucción), cuyo ideal es la originalidad imaginativa en las interpretaciones, se fundamentaría en la posmodernidad (entendida en un sentido lato), situaría su ámbito de influencia en el hispanismo de Estados Unidos y favorecería la posibilidad de una lectura “política”, “ideológica” y “subversiva.” (20)

A lo largo de todo el volumen se ofrece bastante más de lo que promete cada uno de los epígrafes. Así, por ejemplo, “El entramado encomiástico de los Austrias” revisa la tradición literaria de la imagen solar en términos políticos. La representación hélica de los monarcas de Occidente, que parece remontarse a Constantino, entra en conversación con Plutarco y Cicerón, entre los muchos autores de una larga estirpe que Julio Vélez espiga hasta *El Criticón* graciano, pasando por don Juan Manuel y tantos otros. Los emblemas, la arquitectura y las artes pictóricas se hacen eco igualmente de los avatares políticos de los Austrias, traduciendo sus vicisitudes a la iconografía solar, de la que se empapa la tratadística del momento. La divinización del monarca por medio de tal metáfora, de estirpe platónica, se ve reflejada asimismo en ejemplos teatrales, cuya descrita puesta en escena no descuida el autor (sin olvidar, además, que “cualquier acción cortesana puede ser entendida en términos de *performance* y teatralización,” 27).

“La imagen del rey sol en la poesía en rededor de Felipe IV” parte de la rica tesitura proporcionada por las academias literarias del siglo XVII y su relación simbólica con el poder. En este sentido, Julio Vélez dedica su atención a dos casos que revisten particular interés: el de Lope de Vega, con un papel prácticamente fundacional en lo que a la fórmula filipina del “rey planeta” se refiere, y el de la religiosa Ana Francisca Abraca de Bolea. Al hilo de los versos de esta última se traen a colación los de otras aragonesas que bien merecen una mayor visibilidad: María Nieto de Aragón o María Fernández, entre las catorce participantes de la *Palestra numerosa austriaca* (a las que ha dedicado su atención ampliamente M.<sup>a</sup> Carmen Marín en el seno del proyecto BIESES, por ejemplo), que recrean en sus poemas los motivos evocados en la convocatoria de los asuntos en los que participan, esas referencias pictóricas y lumínicas a las que se refiere el autor del libro.

El volumen aborda someramente otro tema que ha despertado el interés de numerosos estudiosos últimamente y es el alcance de la imagen real en el continente asiático, “El rey planeta en las fiestas cortesanas filipinas.” En “La vertiente novelesca: las fiestas de 1622 de Lope y Villamediana y la continuación de Hurtado de Mendoza,” el autor establece una genealogía laudatoria de los dos Felipes en *La gloria de Niquea*, del conde de Villamediana, mostrando su influjo mitológico y su filiación caballerisca con el ciclo amadisiano. En segundo lugar, se le cede el protagonismo a Antonio Hurtado de Mendoza, que recoge también el motivo del rey sol en su relación en prosa de la *Fiesta que se hizo en Aranjuez* (1623), donde la metáfora hélica se extiende a toda la familia real, cual eco de las representaciones de obras como *Querer por solo querer*, del

propio Hurtado de Mendoza, o de *El vellocino de oro*, de Lope de Vega. A esta última, que conjuga fama, amor e imperio, Julio Vélez le dedica acertadamente buena parte del capítulo.

Junto con la novelesca, se presenta “La vertiente mítica” del motivo: “Apolo, el Parnaso y Dafne,” páginas que aportan nueva luz sobre los paratextos de la *Tragicomedia de los jardines y campos sabeos*, “de tan primorosa arquitectura,” firmada por la hispalense Feliciano Enríquez de Guzmán y sus inclinaciones por la experimentación poética. En ningún momento se pierden de vista las raíces ovidianas del mito de Apolo y Dafne, cuya temática amorosa se torna loa de carácter político y militar, entreverada con la tradición pastoril en *El Amor enamorado*, de Lope de Vega, así como en *El laurel de Apolo*, de Calderón de la Barca. En la interpretación de esta última, el autor se desmarca de la crítica precedente desligándola, debido a la centralidad otorgada a Felipe Próspero y a Carlos II, de *Apolo y Climene* y *El Faetonte*, que sí formarían un ciclo claramente dedicado a Felipe IV.

Finalmente, “La vertiente cosmológica” es la que predomina, según el estudioso, a la hora de interpretar *Fieras afemina Amor* de Calderón. En el libro se analiza el papel protagonista de Mariana de Austria como luna, “dilogía entre espejo y astro” que “recoge los rayos del sol” (147) y vela por la continuidad de la monarquía (simbolizada en un nuevo sol, que no es otro que Carlos II), al mismo nivel que el cuadro de Juan Bautista del Mazo *Doña Mariana de Austria* (1666), pero también de la *Loa del Águila, el Fénix y el Pavón*. Ambos ejemplos reafirman la idea esgrimida por Derrida de que el marco de la obra de arte, y la obra de arte misma, son indisolubles, idea que trasciende indirectamente desde otras páginas del libro, salpicadas de paralelismos entre la literatura y singulares obras pictóricas o tapices por medio de los cuales, como en la época misma, el lector visualiza las escenas descritas.

Julio Vélez demuestra que no es posible aislar la varia procedencia de todos los ingredientes que articulan una metáfora tan rica como la de la imagen solar del rey, un Felipe IV apolíneo y lumínico, así como tampoco es factible desligar dos tradiciones académicas aparentemente antagónicas, que se enriquecen. La simbología pagana y la cristiana son dos caras de la misma moneda que lanza al aire con elegancia el autor de estas páginas, convertidas en prueba fehaciente de que no todo es encomio ni subversión, sino todo lo contrario; de que la macrocosmía y microcosmía son indisolubles, al igual que la enseñanza y el deleite cortesano por parte de dramaturgos y poetas. Escritores que, a su vez, como atestiguan los ejemplos de Lope y Calderón, tienen opiniones cambiantes con el devenir de los tiempos y con la culminación de un reinado a modo de “ocaso,” cuyas luces y sombras ha sabido aglutinar Julio Vélez en un delicado volumen que irradia claridad, como se decía del propio Rey Planeta y el arte analizado, puesto a su servicio.